

BRILLO DE ASFALTO



BRILLO DE ASFALTO

Marian Torrejón

Fórcola/Ficciones

Fórcola/Ficciones

Directores de colección: Amelia Pérez de Villar y Javier Fórcola

Diseño de cubierta y maquetación: Silvano Gozzer

Corrección: Gabriela Torregrosa

Producción: Teresa Alba

Detalle de cubierta: *21.27 pm*, © Jael Levi

© Marian Torrejón, 2018

© Fórcola Ediciones, 2018

c/ Querol, 4 — 28033 Madrid

www.forcolaediciones.com

Depósito legal: M-604-2018

ISBN: 978-84-16247-22-6

Imprime: Sclay Print, S. A.

Encuadernación: José Luis Sanz García, S. L.

Impreso en España, CEE. Printed in Spain

I

El Range Rover recorre la avenida desierta a toda velocidad. Retumba en el silencio de la madrugada la música que arroja la ventanilla del conductor: «forever young, forever young...». Una hilera de semáforos se pone a la par de color ámbar. Ahorrará tiempo si acorta por el centro. Sin pensarlo más, Serafín cambia de marcha y da un volantazo hacia la derecha para meterse en Hernán Cortés. Los faros del coche alumbran —durante apenas un instante— a un hombre con barba y pelo largo que abre mucho los ojos cuando le mira desde el centro de la calzada. El vehículo impacta contra él, un golpe seco y sonoro. Serafín da un frenazo, desconecta la música, abre la puerta y se baja del vehículo. Los faros continúan encendidos y el motor en marcha.

—¿Oiga? —pregunta a la oscuridad húmeda de la noche.

Los faros alumbran una calle desierta. Serafín va muy cocido, es cierto, pero también lo es que acaba de ver a un hombre de color gris, en medio del asfalto gris, y que el impacto contra él se ha notado de manera contundente. Ha sucedido de verdad. El morro plateado del vehículo no presenta ningún daño. Una levísima abolladura en el guardabarros, si acaso. Se agacha a mirar —las rodillas y las palmas de las manos apoyadas en el suelo— y descubre, bajo el palio que forman el cárter y las cuatro ruedas del Range Rover, un gabán ceniciento desparramado por el suelo y una cabeza de pelo canoso, enmarañado y áspero sobre un pequeño charco de sangre.

—¡Por favor, una ambulancia!

Ningún sonido en el vecindario, ni siquiera el de algún grillo que se hubiera atrevido a romper un silencio helado, de asteroides alrededor de su órbita. Serafín se aleja todo lo que puede del vehículo y vomita un torrente de papilla líquida fermentada en alcohol. Se

limpia la boca con un pañuelo de papel, saca el iPhone del bolsillo de su chaqueta y llama a la policía. Luego apaga el motor del todoterreno, que permanece en mitad de la calle con los faros encendidos. Se aleja de nuevo y se fuerza a vomitar, introduciéndose dos dedos en la garganta, sin más resultado que una serie de arcadas roncadas. Vuelve al coche, coge la botella de dos litros que suele llevar Carmen bajo su asiento y bebe todo lo que puede de ella.

Primero llega un coche de la policía municipal. Los agentes hablan a ratos a través del *walkie* y hacen serpentear el haz de luz de sus linternas mientras inspeccionan cada rincón. Serafin da explicaciones cuando le preguntan y, a veces, cuando no. Llega una ambulancia; después, la guardia civil; más tarde, el funcionario del juzgado que levanta el atestado con los ojos hinchados por la interrupción prematura del sueño. La calle Hernán Cortés acumula, en un cerco precintado, varios coches que cambian de tono al ritmo de luces parpadeantes de color azul y naranja. En el vecindario se abren algunas persianas, se enciende la luz en algunas ventanas y en el cielo se empieza a adivinar la claridad que anuncia el fin de la noche.

El hombre ha fallecido en el acto. Un par de tipos con trajes oscuros introducen el cadáver, envuelto en un sábana y sobre una camilla, por la parte de atrás de un furgón. Mientras tanto, un agente de la guardia civil le toma declaración a Serafin. Él dice la verdad, que se tropezó con el hombre que estaba en mitad de la calle nada más entrar en ella y que nadie en esas circunstancias habría sido capaz de esquivarlo. Repite, las dos o tres veces que se lo preguntan, que iba muy despacio, a unos treinta kilómetros por hora, o menos, pero que estaba desde el primer momento tan encima del individuo que no le dio tiempo a reaccionar. Después de decirlo varias veces hasta él mismo llega a creérselo, lo de la velocidad. El *shock* le ha rebajado la confusión de la borrachera y es capaz de contestar con cierta lucidez a las cuestiones de los oficiales. Por suerte, el alcoholímetro del que disponen no funciona correctamente, tienen que traer otro y tardan mucho más de lo que habría sido lógico en hacerle la prueba, de modo que antes de soplar en el aparato le da tiempo a beberse entera la botella de agua —a grandes tragos que da con

disimulo cuando los demás andan ocupados en sus trámites— y a orinar un par de veces contra una esquina apartada, lejos también del charco de vómito de hace casi un par de horas. El resultado da positivo, pero en niveles no del todo alarmantes. De todas formas, como sabrá más adelante, es posible que ni siquiera esa circunstancia le acarree consecuencias. Si no hay denuncia posterior y el abogado es lo suficientemente hábil como para demostrar que ningún conductor habría sido capaz de esquivar a la persona que se le echó encima, la sentencia podría resolverse con el simple pago de una multa. Aunque la cifra, eso sí, escocería. También podría ayudar el hecho de que el atropellado fuera un borrachín solitario, un indigente a cuyo entierro sin lágrimas ni flores acudirían sólo los empleados municipales encargados de darle sepultura en un nicho de beneficencia.

Son más de las seis de la mañana cuando Serafín puede marcharse a casa. Carmen se levanta de la cama al oír la llave. Lo recibe envuelta en su batín de raso negro con estampados de inspiración japonesa y los brazos cruzados. Serafín frena su avance al ver la expresión severa de su rostro, ausente de maquillaje y con el brillo que le da una capa abundante de crema nutritiva.

- ¿Así es como piensas arreglar los problemas de Sebarit?
- No te vas a creer lo que me ha ocurrido, Carmen.
- Puedes apostar lo que quieras.
- He matado a un indigente.

II

Carmen fue la primera empleada de Sebarit. Había terminado la carrera de Económicas y conocía los productos, si bien —provenía de una familia de charcuteros— en su versión más adocenada. De acuerdo con los planes de Serafín, la persona elegida debía tener capacidad para realizar todas las tareas en la tienda, de principio a fin, desde despachar y asesorar a los clientes hasta cuadrar la caja y presentar las cuentas ante la Hacienda pública, además de tener un grado de refinamiento apto para afrontar con éxito el trato con los compradores de Sebarit. Tal como el propio Serafín decía, sus clientes eran consumidores con paladar selecto y un bolsillo capaz de alimentarlo con sus productos: patés y quesos artesanales, bebidas con numeración en la etiqueta, conservas exquisitas y todo tipo de comestibles y condimentos destinados, en definitiva, al deleite sibarita.

Carmen se involucró en el negocio como si fuera suyo. En los sucesivos establecimientos que se abrieron más adelante, colaboró con Serafín en asuntos prácticos de intendencia, decoración, obras que había que acometer para dejar el local en condiciones, altas de luz y agua, y hasta participó en el proceso de selección de personal para las nuevas tiendas. Fue su mano derecha en todos esos asuntos y continuó al frente de la primera tienda Sebarit hasta que se casaron.

Serafín no recordaba haber tomado una decisión clara en ese sentido. Más bien lo consideraba la culminación de un proceso natural, algo con lo que se había encontrado, sin buscarlo, después de que todas las fuerzas y los vientos le arrastraran de modo espontáneo hasta allí.

Serafín viajaba por toda España y por el resto del mundo en busca de caviar iraní y ruso, *whisky* destilado en Escocia de manera

artesanal y, en general, de los mejores productos de cada lugar. Al mismo tiempo, se ocupaba de asentar vías tanto para la exportación de los productos autóctonos —trufas, aceite de oliva selecto, vinagre de Lérida, vino Vega Sicilia, chocolate de Astorga...— como para la importación del mejor género de otros lugares. Ofrecía sus artículos a los consumidores particulares a través de la tienda y servía a domicilio a un puñado de buenos restaurantes, sin coste adicional, dentro de la ciudad.

Pasados unos veinte meses desde su apertura, la primera tienda Sebarit resultó insuficiente para abastecer la demanda de su mercancía exquisita, que, según palabras del propio Serafín, fue recibida por los compradores con alfombra roja y orquesta, en una época en la que crecía por momentos el número de restaurantes en la ciudad —cada semana se inauguraban varios en todos los barrios— y la gente, tanto la que acudía a Sebarit en busca de productos sofisticados como la que no, había desarrollado una cultura culinaria cada vez más refinada y cosmopolita. En un tiempo récord, sobre todo si se tiene en cuenta el bajo nivel del que se partía, todo el mundo se había convertido en un gran experto en vinos y restaurantes. Gentes alimentadas desde la niñez a base de huevos fritos con patatas, potajes de garbanzos y lentejas ahora sólo probaban platos que sus abuelos jamás habrían reconocido ni por su nombre ni por su aspecto. Los lenguados *meunière* y las tristes merluzas a la plancha formaban parte de la prehistoria en las cartas de los restaurantes, llenas ahora de lubinas salvajes y rapes acompañados de espumas, caramelizados, terrinas, *foies* y otros alimentos cocinados con procedimientos propios de un laboratorio. Lo contrario era considerado de gentes ancladas en la miseria o en la antigüedad, cuando no en ambas realidades. Todo eso pensaba Serafín, que vio en ello una oportunidad dispuesta para ser aprovechada.

Desde el principio, Serafín tuvo como objetivo la expansión del negocio. En cuanto se vio desbordado por la demanda no tardó en buscar ubicación para abrir un segundo establecimiento. El local elegido estaba situado en un pueblo del área metropolitana de la ciudad, con gran densidad de población, donde a los residentes

habituales se habían venido a sumar los vecinos del núcleo urbano que huían de los precios desorbitados de las viviendas.

El día que inauguraron la segunda tienda Sebarit, Carmen y él se fueron a cenar para celebrarlo. Ella se había puesto un vestido rojo anudado al cuello, con los hombros y la espalda al aire. Mientras Carmen hablaba frente a él, Serafín reparó por primera vez en el brillo acharolado de su melena negra, tupida y lisa, que le recordó a la de Anabel. Brindaron con vino ecológico por la buena marcha del negocio; pidieron pavo trufado (con trufa de Morella, recién servida al restaurante por Sebarit); le preguntaron al camarero —que ignoraba quiénes eran— acerca de sus productos, y todos fueron alabados por el joven. Al pedir la ensalada, Carmen exigió, guiñándole un ojo a Serafín, que la aliñaran con aceite de oliva Molin.

—Por supuesto —contestó el camarero, algo ofendido—, nuestra ensalada aromática siempre viene condimentada con Molin.

Para los postres, teñidos sus dientes de rosa después de muchas copas de vino ecológico, Carmen tenía los ojos entrecerrados y la sonrisa inalterable mientras se quitaban uno a otro la palabra y se contaban aspectos desconocidos de sus vidas fuera de Sebarit.

De lo que hablaron en el pub al que fueron a tomar después la copa, Serafín no fue capaz de recordar ni una sola palabra. Sólo vagas imágenes que comprendían la figura de Carmen y el escaso pedazo de espacio que la rodeaba físicamente: un halo borroso recortado en el aire, como los que llevan las vírgenes en las estampas, y el recuerdo de haber permanecido ambos apoyados en la barra, de pie. Nada acerca de la decoración del local ni del resto del ambiente, personas o cosas. Tampoco de cuántos *whiskies* se metió él entre pecho y espalda, ni de cuántos *gin-tonics* se tomó ella antes de que alguno de los dos —quién sabe— le sugiriera al otro que se fueran juntos. Sólo recuerda que se despertaron en su cama, los dos desnudos, y que nunca supo —habría sido imperdonable preguntárselo a Carmen— si habían hecho algo, o qué, aquella noche.

Serafín acababa de cumplir treinta y cuatro años. El que más y el que menos, todos sus amigos estaban colocados. Anabel se había casado hacía poco y sabía por unos amigos comunes que estaba embarazada. Carmen, dos años mayor que él, era atractiva y estaba allí.